



Carlos Rodríguez Braun: *La cultura de la libertad. El poder transformador del liberalismo*, LID Editorial, Madrid 2024, 168 pp. ISBN: 9788410221086.

León M. Gómez Rivas
Universidad Europea de Madrid  

<https://dx.doi.org/10.5209/ijhe.99612>

El autor de este libro resulta bien conocido para los lectores del IJHET, de manera que no necesita apenas presentación. Carlos Rodríguez Braun, Catedrático de Historia del Pensamiento Económico en la UCM es un prolífico escritor, del que vamos a reseñar brevemente una muy sugerente (y necesaria en nuestros días) colección de artículos bajo ese título de *La cultura de la libertad*. Se trata de diez textos -con la indicación de su publicación original- que, junto a la Introducción, se acompañan de una bibliografía y un práctico índice final. Se une a su cada vez más extensa producción en el sello LID Editorial, junto a la serie de *Panfletos Liberales, Ensayos Liberales* y otros volúmenes (cuando se publiquen estas líneas, ya estará a la venta un estudio sobre *El pensamiento de Miele*). El periodista Mario Noya, en una entrevista que comentaremos enseguida, habla con gracia sobre este recurso a las antologías como “la prueba del algodón”, para verificar que hay ensayos que resisten muy bien el paso del tiempo, tal como ocurre con los aquí presentados.

Como ocuparía demasiado espacio nombrar y resumir cada uno de ellos, van a permitirme que les proponga varias ideas aquí sugeridas. Comenzando por la expresión “Porque la libertad no es un medio. La libertad es un fin”, que aparece en la contraportada, y nos alerta contra “las incongruencias y falacias del pseudoliberalismo dominante, enemigo de la auténtica tradición liberal”. Esa referencia a la libertad se encuadra en una conocida expresión de Karl Popper, que el autor escribe en su Introducción y ha explicado repetidas veces en conferencias públicas: no hay que defenderla por sus buenos resultados, por ejemplo, en la economía. Debemos aspirar a la libertad “por ser un valor en sí mismo”; pero con el convencimiento de que -además- en ese aspecto del desarrollo económico, la historia confirma una y otra vez el estrepitoso fracaso de las políticas antilibertarias. Algo que Popper calificaba, con una divertida ironía, como “una muy feliz coincidencia”.

Otro de los temas presentes en este libro es la necesaria reducción del Estado (y que me recuerda

su *Estado contra mercado*, obra también del profesor Rodríguez Braun, reeditada hace poco por el Centro Diego de Covarrubias). Asistimos a una insostenible expansión de las burocracias gubernamentales con efectos muy perversos: en lo económico, “el menor crecimiento, asociado a una mayor presión fiscal”; porque se incrementan los gastos y la deuda pública. En lo político, porque la concentración del poder avala una vez más esa genial intuición de lord Acton: “el poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente”.

A Carlos Rodríguez Braun le gusta citar otra reflexión de este famoso autor, relacionada con el escaso entendimiento que han tenido en la historia el liberalismo y el cristianismo; resultando de tal desencuentro un debilitamiento de ambos que facilita ese crecimiento desmedido del Estado. Simplificando la frase de Acton, es una pena comprobar que hay pocos cristianos liberales, y pocos liberales que sean cristianos... Al margen de las creencias personales, Rodríguez Braun recuerda la expresión de F. Hayek (no especialmente famoso por su confesionalidad) sobre cómo la religión es una fortaleza privada que ayuda al individuo frente al poder.

Y precisamente a la religión se dedica el último de los ensayos: “Venerable síntesis liberal: los diez mandamientos”, pienso que más bien dirigido a esos cristianos que todavía siguen creyendo que “el liberalismo es pecado”. Después de un repaso muy entretenido sobre la esencia teológica de la libertad, nos aterriza en la clarísima defensa de la propiedad privada o de los contratos que manifiesta el Decálogo. Algo que no comprenden algunos cristianos que, con bastante ingenuidad, aún confían que sea el Estado quien ajuste tantas desigualdades sociales o económicas. Mucho menos lo entienden esos trasnochados partidarios de una ‘teología de la liberación’ que, afortunadamente, la Doctrina Social de la Iglesia ha puesto en su sitio (el error). No puedo dejar de copiarles aquí una frase optimista: “La Iglesia ha redescubierto el valor de la libertad política, recuperando una antigua tradición de la escolástica

hispana". Ya se habrán dado cuenta de que habla sobre la Escuela de Salamanca y sus sorprendentes intuiciones liberales en el campo de la economía, la política o el derecho.

Es cierto que no conviene idolatrar al mercado; pero tampoco condenarlo. El mercado no es la panacea del egoísmo individualista, como se empeñan en repetir "los socialistas de todos los partidos". Para prosperar, hay que servir al prójimo. Esa obsesión por luchar contra la desigualdad, a base de perseguir a los que han triunfado en la vida, en realidad

descansa en la envidia, "el más ruin de los pecados" para nuestro profesor. Y esto se aplica desde el comunismo más rancio hasta esos *bienpensantes* como Piketty (que no sale muy bien parado en el libro): "en el mercado no hay suma cero, y todos los que participan en él pueden ganar". La prueba de ello es que vivimos en un mundo cuya población ha crecido (aunque más bien, fuera de Europa) exponencialmente; pero en el que a la vez hay menos pobres en términos relativos y también absolutos: algo bueno tendrá la libertad.